

Origen y Desarrollo de la Conciencia Filosófica Cubana, según Martí*

(Datos para la Sociología del conocimiento en América)

Por Roberto AGRAMONTE
*De las Universidades de La Habana y
Puerto Rico. Colaboración especial para
el Número Jubilar de la Revista Mexicana
de Sociología.*

I. PANORAMA DE LA FASE INTERMEDIA

1. *El padre de los pobres y de nuestra filosofía*

A TRAVÉS de las páginas de Martí asistimos al enjuiciamiento, ya en forma suscita, ya en forma dilatada, de las grandes figuras forjadoras de la conciencia filosófica cubana. Las primeras en tiempo corresponden a lo que hemos llamado fase intermedia o de transición de nuestro pensamiento y de nuestra historia, que es la preparadora de la

*El comité de redacción de la *Revista Mexicana de Sociología* tiene a bien aclarar, en relación con el trabajo del profesor Roberto Agramonte, titulado: "La Sociogénesis Latinoamericana", publicado en el número de enero-abril de 1963 dedicado a conmemorar el XXV aniversario de la fundación de la misma, lo que a continuación se consigna: que por un lapso al ser copiado mecanográficamente el original enviado por su autor, se omitió consignar que dicho trabajo era una lección oral explicada en cátedra en la Universidad de Puerto Rico; asimismo se omitieron las referencias a diferentes autores y obras-fuentes en varios párrafos de dicho trabajo. Tal ocurrió en la Exposición de las Doctrinas de Peter Boyd-Bowman sobre el castellano en Hispanoamérica, de lo relativo al estudio de José García Mercadal sobre "lo que llevó España a la América Española" (pp. 19-31) y del desarrollo de la teoría de la transculturación de Georges Foster (pp. 31-46). En el desenvolvimiento de las ideas de los tres autores mencionados, así como en el de las de D. Américo Castro y D. Germán Arciniegas, se omitió copiar en letra de tipo menor, por ser citas textuales, algunas referencias. El lector puede encontrar una versión más completa del estudio "La Sociogénesis Latinoamericana" en el libro que el propio doctor Agramonte acaba de publicar en las prensas de la Universidad de Puerto Rico, que lleva por título *Sociología Latinoamericana* (1963) y en otro que aparecerá próximamente: *Principios de Sociología*, cuya tercera parte está consagrada a la sociología de Latinoamérica.

emancipación definitiva. Son dignas de revivirse las imágenes martianas de esos filósofos cubanos que fueron el padre Caballero, el presbítero Varela, don José de la Luz, Andrés Poey, Enrique José Varona y otros representativos de diversas escuelas de pensamiento. El objeto de este estudio es presentar con claridad y método cómo el apóstol, tan sensible al mérito cubano, que era para él la prueba de nuestra madurez y de nuestro derecho ante el mundo de ser libres, vio a esos inmensos precursores suyos.

No puede ser más luminoso y exacto su juicio —si bien breve—, esenciado del padre José Agustín, símbolo vivo de la etapa de gestación de la conciencia cubana, y, desde luego, de nuestra conciencia filosófica. Él fue quien incitó al estudio de la filosofía libre y cartesiana, la que sustituyó a la escolástica, representativa de la educación colonial. Él fue el autor de la obra intitulada *Philosophía Electiva*. Pero, además, fue Caballero un filántropo y un cerebro consejero de aquella etapa de ilustración personificada en el gobernador y general don Luis de Las Casas.¹

Martí escribió un soberbio y extenso estudio sobre don Antonio Bachiller y Morales, el insigne polígrafo, que hay que leer con detenimiento si se quiere conocer bien esta fase intermedia de nuestra cultura. En él se refiere a ese momento auroral, inicio del iluminismo criollo en Cuba, “cuando el sublime Caballero —así lo califica— padre de los pobres y de nuestra filosofía, había declarado, más por consejo de su mente que por el ejemplo de los enciclopedistas, campo propio y cimiento de la ciencia del mundo el estudio de las leyes naturales” (12-110).² Martí celebra el florecimiento en nuestro suelo de aquellos maestros “que hablaban a la vez la lengua de la Enciclopedia y la de los clásicos latinos” (12-128). Está refiriéndose a Caballero, a Varela, a Saco y a Luz. En sus *Apuntes* —fragmento 67— recordará el *Papel Periódico*, donde escribiera el padre Agustín artículos filosóficos; también lo menciona como a uno de los hombres distinguidos de esa etapa, al lado de Romay —el introductor de la vacuna de Tenner—, de Govantes, de Escovedo, de Arango y Parreño, de José de Arango (73-53), economistas y estadistas. Martí se percata de que existe una conciencia cubana, con vida intelectual propia y propia concepción de la problemática patria. “Salidos de sus manos” —de las manos excelsas de José Agustín o Romay— nu-

¹ Vid. mi obra *José Agustín Caballero y los Orígenes de la filosofía cubana*. La Habana, 1952.

² *Obras completas de José Martí*, 72 tomos, Editora Trópico. Se cita el número del tomo y de la página.

merosos escritos, y “fuertes para fundar, descubría Varela, tundía Saco y La Luz arrebatava” (12-110).

2. *Obispos iluministas y sociedades mentoras*

También tendrá Martí palabras justas para el obispo santiaguero Hechavarría, que, como se sabe redactó los Estatutos del Seminario de esa ciudad oriental, que luego adoptaría el Colegio de San Carlos en La Habana, con una proyección antiaristotélica y de relativa libertad docente para el preceptor; y por eso declara Martí que “hallando la sátira más útil a la libertad que el idilio, con ella y con sus discursos bregaba Hechavarría por sustituir en las aulas... el estudio de lo presente a la ciencia de momia” (12-110).

Y loa al alavés Justo Véles, cuyos discípulos enamorados de su saber lo seguían por las calles y plazas “bebiéndole sus lecciones” y “disputando el fervor de la novedad, con sus cuadernos bajo el brazo, con el fuego y orgullo con que se juntaban en los cerros de París los jóvenes abelardistas” (12-110). En sus *Apuntes filosóficos* mencionará con elogio a Abelardo, por su actitud liberadora dentro de la filosofía del medievo. Se advierte cómo Martí tuvo clara conciencia de esta etapa reformista de nuestra historia. En su exacto panorama aparece también la Sociedad Económica de Amigos del País, a la que llama “la mentora” y “la más alta y meritoria de las sociedades de Cuba”, si bien —aclara— “es una sociedad donde es muy necesario el perdón” (10-155).

No olvida tampoco al obispo Espada que sustituye el latín por el español en la enseñanza, abriéndole vías al criollo para su porvenir. Martí ha leído el breve y a la vez patético escrito de Luz Caballero hecho al morir Espada, y el rasgo —que subraya— de los estudiantes criollos de homenaje al obispo de la Ilustración. Ve montar en su calesa amarilla de persianas verdes “a aquel obispo español, que llevamos en el corazón todos los cubanos, a Espada que nos quiso bien, en los tiempos que entre los españoles no era deshonra amar la libertad, ni mirar por sus hijos” (12-111). Y lo enjuicia, de modo reiterado, con justo encomio: “A Espada, el vizcaíno, se lo arrebatan a la puerta del camposanto los jóvenes cubanos, con tal empeño por probarle amor, que en aquella lengua de oro que se llevó consigo, los saludaba así nuestro tierno Luz: ¡Oh juventud divina! ¡Oh época de la vida más honrosa para la humanidad, porque te dejás regir del corazón, sin conocer la ponzoña del egoísmo! ¡Vosotros me conmovisteis y conmovisteis a todos los presentes, jóvenes compatriotas míos! Vosotros volvisteis a hacer brotar la no agotada fuente de mis lágrimas, y vosotros me hi-

cisteis gustar con noble orgullo que era habanero el corazón que en mí latía'” (12-111). Y como colofón anuncia: “¡Pero han de volver, sin duda, los tiempos de Espada!” (12-113).

3. *Bachiller, Gioberti, Krause, Spencer*

Martí se sitúa con cartabón relativista ante el panorama histórico del momento, y sabe juzgar y sopesar con tino las actitudes y conductas de estos hombres transicionales. Enjuicia con justeza a esos reformistas, “próceres cubanos, que lo eran por su amor al derecho y su pasión por el bien del infeliz”; que sufrían de todo atentado a la patria, madre de su corazón; para ella vivían y con ella resplandecían; con ella y con América” (12-124). Pero les señala una limitación: la de creer, por impaciencia inexcusable, que su país, con la boca abierta del lobo, hallará la libertad sin la guerra inexorable y terrible. Mas rememora que cuando Cuba se dispuso a morir por su libertad, dijo Bachiller y Morales: “entre mi país, a quien niegan lo justo, y el tirano que se lo niega, estoy con mi país”; y exilóse abandonando sus comodidades y su regia biblioteca de libros universales y cubanos.

Martí celebra su precursora obra sociológica *Cuba Primitiva* —de sociografía indigenista—, que “de eso nadie sabía más que él”; elogia su *Historia de las letras y de la instrucción pública en la isla de Cuba*; pero no olvida su aporte a la historia de nuestra filosofía. Se refiere al trabajo del eminente polígrafo sobre los nuevos críticos de Gioberti, el filósofo ecléctico, que corresponde a la época del resurgimiento nacional de Italia a principios del siglo XIX. También la filosofía krausista fue dada a conocer en La Habana por Bachiller, y la desarrolló “con abundancia y buen don expositivo en sus clases” Maestro al fin de su ciencia querida —expresa Martí— donde él ve juntas, con la armonía de Krause, la razón del hombre y la autoridad de Dios, su ciencia de *Derecho y Religión Natural* la enseñará como la entiende, pacífica y universal, en un texto copioso” (12-115).

Y “con ese saber pasmoso suyo”, con “esa ciencia maciza, aunque de más extensión que altura”, se refiere —y ello demuestra la curiosidad filosófica de aquel momento saturado de cultura y realizaciones de los mejores espíritus— a Herbert Spencer, que tiene “la debilidad de la omnisciencia”. Y uno de los discípulos de Bachiller, el conde de Pozos Dulces —que examinara a Martí de historia en el Colegio San Pablo de Mendive— recuerda las lecciones de filosofía del erudito cubano “con placer inefable”, y dice que a ellas “le debe cuanto sabe de filosofía moderna” Martí se apoya en el juicio del eminente conde econo-

mista, y en el de Higginson, pues ambos reseñaron la obra de Bachiller en lo filosófico.

II. IDENTIFICACIÓN CON EL PADRE VARELA

1. *Reforma de la inteligencia cubana*

No deja de llamar la atención que Martí no haya hecho un estudio de conjunto sobre el padre Varela, como lo hizo sobre Luz y Caballero; y por ello, para poder restaurar la imagen que el Apóstol tuvo del santo de San Agustín y filósofo egregio, necesitamos hacer una reconstrucción un tanto filológica. En el periódico *Patria* de 28 de mayo de 1892, en el artículo intitulado *Cayetano Soria*, se refiere Martí a la logia que llevaba el nombre de *Félix Varela*, “del que —dice— empezó a emancipar nuestro pensamiento” (*Lex*, I, 557). Empero, no encontramos en los 72 tomos de las obras completas de Martí referencia alguna expresa a las obras propiamente filosóficas de Varela, si bien el juicio previo sintetiza lo que fue la reforma de la inteligencia cubana llevada a cabo por el sabio presbítero.

Sin embargo, hay una nota solita en los *Fragmentos* que, a pesar de su laconismo, es capaz de revelar por sí el concepto que Martí tenía, tanto en su jerarquía pública cuanto en la científica, de Varela y de Luz Caballero, si bien su juicio sobre el maestro del Salvador lo transmutó en obra suma de arte. Fijémonos bien. Reza así una primera anotación: “José de la Luz Ocampo”. Inmediatamente después hay una segunda nota que dice: “Francisco Vigil-Varela”; y, sin puntuación alguna, en otra línea: “Varela-Ocampo-Juárez” (73-62). Por último, en otro apunte: “Varela, Vigil, la Luz, Ramírez” (73-149). ¿Qué significan, en una interpretación sencilla, estos consorcios de tan eminentes personalidades? El paralelo entre Luz Caballero y el adalid peruano González Vigil, y entre los conmovedores entierros —grandes duelos del alma criolla— y legados espirituales a América de ambos forjadores, fue hecho con mano de artista por Martí. Nos referimos a ello más adelante.³ Sin embargo, no pergeñó el Apóstol el paralelo entre Varela y Vigil. Pero la circunstancia de haber unido en una misma pareja jerárquica a Varela y a don Benito Juárez, pone muy a las claras que eso sólo se podía hacer — frente al concepto un tanto de reserva ante el presbítero-diputado a Cortes sino después que Martí conoció a fondo

³ *Vide* este mismo trabajo, sección III, 5.

las doctrinas no ya autonomistas, sino emancipadoras contenidas en *El Habanero* del incomparable revolucionario y patriota.

2. *El presbítero Varela y don Melchor Ocampo*

Ahora precisemos la significación de Ocampo, a base de esas apuntes de Martí. En una, para una carta, asienta: "Entre los libros que proyecto, está uno que le ha de agrandar a V., y de los primeros será [sobre] ⁴ su excelente Ocampo" (73-148). En la página misma de la penúltima nota mencionada, hace constar Martí que exaltaría en un libro de *Vidas Americanas* a esas figuras mencionadas. Y una pincelada más, para completar su trazado fundamental: "Melchor Ocampo, el gran hombre michoacano, el amante fervorosísimo de la Naturaleza" (74-42), —alma del Colegio Seminario de San Carlos— no se necesita más. También Varela era un amante de la naturaleza en su ciencia y en su filosofía. El paralelo —de haberlo ejecutado Martí— habría resultado aleccionador y estimulante. Fue don Melchor Ocampo un defensor, al igual que Varela, de las instituciones republicanas, y devoto de la botánica, sobre la que publicó estudios, en especial referentes a cactus y encinos, y a la vainilla y a otras plantas, y un tratado de carpología; y es de notar que desde la segunda mitad del siglo XIX la ciencia tuvo en México un positivo auge, gracias al impulso oficial que le dio el gobierno de Juárez, particularmente por la incorporación de hombres de ciencia a los gabinetes presidenciales. Uno de sus ministros fue justamente Ocampo.

Las menciones restantes que encontramos del santo de San Agustín se contraen a su ejecutoria en favor de nuestra emancipación. Así leemos en su artículo "Los Restos del Padre Varela" el pasaje en que exalta a "aquel patriota entero que cuando vio incompatible el gobierno de España con el carácter y las necesidades criollas, dijo sin miedo lo que vio, y vino a morir cerca de Cuba, tan cerca de Cuba como pudo, sin alocarse o apresurarse, ni confundir el justo respeto a un pueblo de instituciones libres con la necesidad injustificable de agregarse al pueblo extraño y distinto que no posee sino lo mismo que con nuestro esfuerzo y nuestra calidad probada podemos llegar a poseer" (3-234). He ahí peraltada la posición emancipadora del padre Varela. En fin, hablando del colombiano Moreno, un precursor de 1760, "un pujante y desembarazado enciclopedista", comenta que "fue como un Varela" (62-152). Y por todo ello veremos al apóstol Martí en San Agustín de la

⁴ Suplido.

Florida, junto a un grupo de cubanos anhelantes, al instante que —al visitar su tumba venerada— informa a su pueblo: “Aquí estamos en guardia velando los huesos del santo cubano, y no le hemos de deshonorar el nombre”. Así se lee en *Patria* de 6 de agosto de 1892 (3-235).

III. LUZ, EL PADRE, EL SILENCIOSO FUNDADOR

1. Una “sofía” y filosofía cubanas

En la concepción de una sofía y de una filosofía netamente cubanas, hasta donde ello es posible, tuvo Martí un formidable precursor, al cual se identificó como a ningún otro cubano de esta etapa intermedia, al que llamó con unción “el padre, el silencioso fundador”. A pesar de que Martí pudo conocer mucho de la vida y de la regia y vasta producción filosófica y educativa de don José de la Luz y Caballero, no pudo tener a mano la totalidad de ella, que ha sido tarea lograda sólo a partir de 1945, en que editamos el tomo I de sus obras, que fue la edición crítica de *Aforismos* en la Biblioteca de Autores Cubanos de la Universidad de La Habana, y, seguidamente sus *Obras completas*. Contaba Martí, empero, con los necesarios instrumentos para llegar a un conocimiento exacto de Luz. El primero, la tradición oral acerca de su grandeza ética; el segundo, la biografía confeccionada por José Ignacio Rodríguez, profesor que fuera del Colegio del Salvador, erudito, “un hombre a quien quiero tanto” dice de él Martí a propósito de la Conferencia Interamericana de Washington de 1889, en que Martí participó de modo muy principal como delegado de Uruguay, y también cooperó con él José Ignacio. Ese esclarecedor libro apareció en 1874 en Nueva York. Igual conocimiento tuvo acaso de la *Vida del padre Varela* del propio autor y bibliófilo.

En el enjundioso estudio sobre Bachiller, Martí caracteriza de un solo golpe a esos dos grandes pilares de la conciencia y la filosofía cubanas: Varela y Luz, al decir: “Siempre será honra de aquellos criollos la pasión que, desde el abrir los ojos, mostraban por el derecho y la sabiduría, y el instinto que como dote de la tierra los llevó a quebrantar su propia autoridad, antes de perpetuarla. Era de rayos aquella elocuencia, de ariete aquella polémica, de ángeles aquella claridad. El aire era como griego, y los conventos como el foro antiguo, a donde entraban y salían, resplandecientes de la palabra, los preopinantes fogosos, los doctores noveles, con su toga de raso, los escolares ansiosos” (12-111). En este pasaje es obvio que se está refiriendo Martí a la famosa

polémica filosófica de La Habana.⁵ cuyo centro vivo fue Luz, y que se prolongó desde 1838 hasta 1840; y al curso de don Pepe impugnando la filosofía ecléctica de Cousin, que tuvo como escenario el convento de San Francisco, luego Palacio de Correos, donde hay una placa alusiva a este suceso memorable del intelecto cubano. A su vez, al referirse a los preopinantes y doctores togados, tuvo en mente sin duda al más destacado opositor dialéctico de Luz, a José Zacarías González del Valle, a quien le reconoce —justo siempre ante el mérito cubano— su sabiduría (13-114).

Y también conoció Martí a Luz a través de Bachiller, quien lo recuerda vivamente “no por esta pompa o aquella, de las pocas que tuvo en su vida, sino en las reuniones de nuestro Sócrates” (12-19). Así llamó a don Pepe. Y precisa Martí cómo Bachiller, a raíz del entierro del silencioso fundador, de su magno entierro, que fue una verdadera pre-insurrección, “cuenta a los españoles quién era Luz, ¡que todo lo era!” (12-115). Por conversaciones con el eximio pintor Juan José Peoli, debió Martí haber afianzado su imagen del maestro del Salvador, ya que Peoli era un fervoroso partidario de la tesis lucista y martiana de la autoctonía en el arte y en todo, pues “no creía en parches andaluces ni postizos rubios para las cosas del país” (13-114). Peoli le recordará a Martí lo que Luz personalmente le dijo una vez: “Yo no hago libros, hijos, porque nos hace falta el tiempo ahora para hacer hombres” (13-114). Esa autoconfesión de Luz tuvo que haber impresionado vivamente a Martí, quien experimentó en sí mismo, como el propio Luz, cuantos libros de los que se propuso escribir quedaron en meros apuntes, en las accidencias de su apostolado. ¡Cuántos macizos tratados de ciencia a conciencia habría escrito el sabio de don Pepe, de no haberse consagrado a la formación de una generación, ya mambisa, ya de reformistas! Y ¡cuántos, a no ser por la misma causa, hubiera dejado Martí!

2. *Dar tiempo a que se le criase la juventud*

Pero si queremos tener ante nuestra mirada, a manera de lienzo acabado por consumado artista, los trazos llenos de unción y realidad con que aquel gran calibrador de hombres que fue Martí hizo para siempre la epopeya de don Pepe, descorramos el telón, y dejémosle hablar: “Él, el

⁵ Vide mi opúsculo, *Don José de la Luz y la filosofía como ciencia de la realidad*, Ed. de la Universidad de La Habana (1946); “La polémica filosófica de La Habana”, *Cuadernos Americanos*, México, (1950); y *Prédica y ejemplo de Luz Caballero*, La Habana (1950).

padre; él, el silencioso fundador; él, que a solas ardía y centelleaba, y se sofocó el corazón con mano heroica, para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos; él, que antepuso la obra real a la ostentosa, — y a la gloria de su persona, culpable para hombre que se ve mayor empleo, prefirió ponerse calladamente, sin que le sospechasen el mérito ojos nimios, de cimiento de la gloria patria; él, que es uno en nuestras almas, y de su sepultura ha cundido por toda nuestra tierra, y la inunda aún con el fuego de su rebeldía y la salud de su caridad; él, que se resignó —para que Cuba fuese—a parecerle, en su tiempo y después, menos de lo que era; él, que decía al manso Juan Peoli, poniéndole en el hombro la mano flaca y trémula, y en el corazón los ojos profundos, que no podía ‘sentarse a hacer libros, que son cosa fácil, porque la inquietud intranquiliza y devora, y falta el tiempo para lo más difícil, que es hacer hombres’; ... él, el padre, — es desconocido sin razón por los que no tienen ojos con qué verlo, y negado a veces por sus propios hijos”

En enero de 1892 Martí tuvo la dicha de que cayeran en sus manos los aforismos de Luz. De fijo eran las “Obras Completas” del mentor, coleccionadas y publicadas por Alfredo Zayas en 1890, que se inician en su volumen 1º con los *Aforismos* según se advierte en lo que le escribe a su amigo Ángel Peláez: “Vea qué aforístico me he vuelto desde que usted me regaló el libro de don José de la Luz” (66-106). Pero Néstor Ponce de León, José de Armas, Bachiller, Vidal Morales y otros eruditos cubanos fueron, de vez en vez, nobles suministradores que facilitaron a Martí preciados libros y documentos.

3. Luz y Podbielski

También lo será el maestro polonés José Podbielski, a quien don Pepe acogió para profesar geografía e idioma alemán en el Colegio del Salvador. Fue además predicador del mesianismo que tuvo su foco en la irredenta Polonia. El 8 de julio de 1882 Martí le escribe al insigne bibliófilo Vidal Morales, y le envía, al cuidado del gran poeta cubano Antonio Sellén, las copias de las cartas que don Pepe escribiera al preceptor polonés. En esta fecha ya Podbielski ha muerto. Y las cartas —verdadera reliquia—, antes de morir, se las entregó a Martí, quien hizo que las copiara una hermanita suya, entonces pequeñuela. Martí vive en ese momento en la Avenida Classon número 324, en Brooklyn, Long Island. Desde este lugar le dice a Vidal Morales: “Ahí le envío, con nuestro amigo

Antonio Sellén, las copias de las cartas de nuestro don Pepe⁶ que con ser tan sencillas, y tal vez por serlo, dan medida cabal de aquella alma que apenas la tenía. Y si viera Ud. —sus letras—, tan anchas, tan arrogantes y tan claras! El pensamiento era tan firme en él como la mano. Aún me parece ver al buen viejo Podbielski, que ya ha muerto, cuando me dio, todo bañado en lágrimas, y temblándole las manos montuosas, esas cartas que él llamaba su mejor tesoro. Y las acariciaba, como si se le fuese con ellas buena parte del alma” (65-87). “Hemos vivido mucho —le dijo el noble anciano a Martí—; de tanto esperar en vano la justicia en el mundo y la libertad para mi patria, se me ha espantado el entendimiento (13-50). ¡Triste destino ha sido siempre el de Polonia!

En el número de marzo de 1888 de *El Economista Americano*, de Nueva York, Martí, en emocionado artículo, dará cuenta pormenorizada de esas nobles cartas, las reproducirá y las comentará. Nosotros las reeditamos en el libro *De la Vida Intima*, tomo 1, *Epistolario y Diarios* de Luz.⁷ Esas epístolas que Podbielski legó a Martí no eran cosa común, sino su mejor tesoro. Martí las guardaría como tal, pues sabía que la ínfima reliquia de Luz era de suyo importante, como los cubanos de hoy sabemos que lo es el más leve papel del Apóstol.

Y ahora hagamos un análisis del pensar martiano tocante a Luz, el objeto de obtener una estimativa final de su impresionante personalidad del que el pueblo llamó con intuición certera “el maestro de todas las ciencias”. Oigamos el juicio con que Podbielski remembró para siempre al sabio y santo educador de Carragua. Expresóle a Martí: “En ningún país traté un hombre tan bueno” (13-50). Y añadióle: “Yo era un pobre, yo era muy pobre y muy infeliz ante él, y me trató siempre como a un hermano y como a un monarca. Amo la vida porque me fue permitido conocerlo” (13-50). Y le dije por último: “Se me deshacía a veces en lágrimas el corazón cuando le oía hablar” (13-50). He ahí en ese diálogo apologético la identificación de dos almas místicas. No puede hacerse ningún avalúo mejor de Luz en su dimensión humana.

4. Goethe, Volney, Cousin, Trentowski, Wronski

En segundo lugar, vamos a transcribir —después de los enjuiciamientos previos sobre el hombre-Luz— el veredicto de Martí, para nosotros definitivo, sobre su misión entrañable de edificación patriótica, a través de la idea pura y de lo educativo. Dice Martí: “Los cubanos veneran

⁶ Suplido.

⁷ *Obras completas de José de la Luz y Caballero*. Biblioteca de Autores Cubanos, La Habana.

y los americanos todos conocen de fama al hombre santo que, domando dolores profundos del alma y el cuerpo, domando la palabra, que pedía por su excelsitud aplausos y auditorio, domando con la fruición del sacrificio todo amor a sí y a las pompas vanas de la vida, nada quiso ser para serlo todo, pues fue maestro y convirtió en una sola generación un pueblo educado para la esclavitud en un pueblo de héroes, trabajadores y hombres libres” (13-49). Claro que don Pepe era hombre de fama, que conoció —único latinoamericano quizá— a Goethe durante su coronación en Weimar,⁸ y a Walter Scott, quien le preguntó que con que sabio de Europa estaba hablando, seguramente después de ver la traducción del joven Pepe de la Luz del soberbio libro *Viaje por Egipto y Siria* de Volney, hecha en su juventud. “Pudo ser abogado, con respetuosa y rica clientela, y su patria fue su única cliente” —dice Martí—, identificándose una vez más a don Pepe, pues el Apóstol tuvo la misma vivencia en esa renunciación.

Martí subrayará lo que significó la obra inculcadora de valores de Luz en el Colegio del Salvador, e implícitamente se referirá a su apostolado educativo, incluidas las edificantes “sabatinas”, que improvisaba Luz, el mentor, llenas de temblor ético-religioso, ante sus discípulos. Es lo que dice Martí al consignar que “no había habanero que se atreviese a sustituir al fundador del Salvador en esas improvisaciones bellas, desordenadas por su familiaridad, nutridas de fe y esperanza, radiantes de caridad y amor al bien” (12-120).

Pero ¿qué decía Martí de Luz tocante a su saber, en cuanto que tal? En primer término, afirmó que “pudo lucir en las academias sin esfuerzo su ciencia copiosa, y sólo mostró lo que sabía de la verdad, cuando era indispensable defenderla” (13-49). Tal acaeció con la defensa del cónsul inglés Turnbull. El académico historiador de la filosofía Emile Bréhier se ocupará de probar este aserto cumplidamente, al hilo de la lectura de la *Impugnación a Cousin*. No habría hecho mal papel Luz Caballero en la Sorbona o en el Colegio de Francia. Y aunque escribió numerosos trabajos y artículos, que luego hemos podido integrar en forma de libros, es lo cierto que no se consagró a escribir —como muy bien habría podido— extensos tratados a la alemana; y ese habría sido su anhelo, de no haber tenido deberes superiores para con su pueblo. Es en este sentido que dijo Martí que “pudo escribir en obras —para su patria al menos— inmortales, lo que ayudando la soberanía de su entendimiento con la piedad de su corazón, aprendió en los libros y en

⁸ Sobre este acontecimiento de relieve universal, *vide*: Luz y Caballero, *De la vida íntima*, t. I, *Epistolarios y diarios*, pp. 103, 106 y 213, ediciones de la Universidad de La Habana.

la naturaleza, sobre la música de lo creado y el sentido del mundo, y no escribió en los libros, que recompensan, sino en las almas, que suelen olvidar. Supo cuanto se sabía en su época; pero no para enseñar que lo sabía, sino para transmitirlo. Sembró hombres" (13-49). Y sin duda esto de lo que la vida puede o pudo ser, y no fue, es para el hombre, uno de los problemas más importantes dentro de la vocación y de la filosofía de la vida. ¿Frustró por eso Luz su verdadera vida? En manera ninguna. Fue al par otro filósofo-apóstol.

Pero Martí va a ahondar más en la noble veta del saber que Luz poseía, al ubicarlo en lo que Spranger llamaría el *homo Theoreticus purus*, capaz de una ojeada de revivir épocas históricas enteras y abarcar constelaciones de ideas. "Saber: oh, era una gran saber... que no se contentaba con repetir el último libro que leía, ni rechazar lo que no se avenía con su criterio, sino estudiaba lo más hostil, y hablaba de una ojeada la verdad de todo" (13-50). "En ningún país jamás trató a un hombre tan sabio" — díjole a Martí, Podbielski, que trataba de tú por tú a los grandes filósofos poloneses, como Trestowski y Wronski.

Respecto a la concepción religiosa de Luz, Martí pondera —apoyándose en el maestro polonés— su gran saber cristiano; y consigna: "¡Perdonar! ¡Yo no sé, después de Jesús, quién haya sabido perdonar mejor!" (13-50). Y potencia también su concepción ético-religiosa, al ver surgir, a base de la piedad que regó en Cuba el filósofo del Salvador, entre sus hijos más puros, "una religión natural y bella, que en sus formas se acomoda a la razón nueva del hombre" (13-97); y asimismo, "cuando lo afligía la fealdad de la vida, se consolaba embelleciendo las almas, para que fuese patente la beldad universal" (13-50).

Pero Martí sabe que los pueblos son infalibles a la larga. Saben éstos quiénes son sus enemigos, y saben quiénes, como Luz, conocen el modo de servirlo aun en el silencio prudente. Y por ser hombre de justicia y amor, "la patria cubana ama, con apego de hijo, a José de la Luz". Y lo supo Alt Wander, a quien el apóstol trae en su ayuda, y que formuló sobre el gran cubano juicios de singular justeza y alabanza.

Hablaba Martí, en fin, empatetizado, de la ternura con que Anselmo Suárez y Romero (13-114) refiere el episodio de que le había copiado a Luz en un cuaderno el desarrollo de un capítulo de la novela antiesclavista *Francisco*, que le hizo llorar (13-43); con lo que se ve la identidad entre Luz y Martí en la cuestión del abolicionismo.

5. *Luz y el peruano Vigil: vidas paralelas*

Cuando el maestro del Salvador abandonó la tierra, fue ese día de tribulación para Martí, que era un niño en ese instante. En carta a Ángel Peláez de enero de 1892 le confiesa: "Por dos hombres temblé y lloré al saber de su muerte, sin conocerlos, sin conocer un ápice de su vida: por don José de la Luz y por Lincoln" (66-106). Y tuvo lugar el grande e impresionante entierro de Luz, con asistencia de todo el pueblo cubano. Tan magno fue que Martí comentará: "La Habana, ciudad infeliz, que sólo ha podido hasta ahora enseñarse entera en los entierros" (14-45). Claro, era en la colonia la única reunión de muchedumbre tolerada. Y afirmará a su vez: "La Habana es el entierro de don José de la Luz." Algunos años después del deceso del filósofo y educador cubano, moría en el Perú, en Tacna, don Francisco de Paula González Vigil. Su vida fue como sigue: muy amante de la ciencia y el estudio; justo y cristiano, "volvió los ojos hacia su pueblo engañado; animó a su pueblo, lo conmovió; sus doctrinas fortalecieron a los hombres de ánimo liberal; Lima entera lo acompañó a su tumba".

En ese artículo panegírico sobre el ideólogo peruano, Martí hace un parangón entre él y Luz Caballero. "Murió —escribe Martí— hace algunos años en La Habana un hombre augusto. Él había dado a su patria toda la paciencia de su mansedumbre, todo el vigor de su raciocinio, toda la resignación de su esperanza. También allí iba un pueblo a consagrar un cadáver. Los niños se agruparon a las puertas de aquel colegio inolvidable; los hombres lloraron sobre el cadáver del maestro: la generación que ha nacido siente en su frente el beso paternal del sabio José de la Luz y Caballero. Muere en Lima otro espíritu puro, más ascético, no más sabio; más activo, no más abnegado" (49-69, 71-4). Era el mes de agosto de 1875. Martí hacía el paralelo de esos dos varones ilustres en la *Revista Universal* de México. Que también América se ufana de esas vidas paralelas.

González Vigil, de rectitud inquebrantable, encarnaba el romanticismo político: era devoto de la libertad por encima de todo; campeón del libre pensamiento, defendió la supremacía del Estado sobre la Iglesia, en su obra *Sobre la Autoridad de los Gobiernos*, que el Papa objetó en un Breve de 10 de junio de 1851. Representó la aparición del pensamiento jurídico constitucional. Combatió los propósitos autocráticos del mariscal Gamarra. Tuvo seguidores en América.⁹

⁹ Luis Alberto Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*, pp. 203, 210.

IV. LA FILOSOFÍA POSITIVISTA

1. *Planteamiento general*

La filosofía positivista fue enjuiciada por Martí tanto en su aspecto constructivo cuanto en lo negativo. En los *Fragmentos* de su curso de filosofía de Guatemala exclama: “¡Novedad el positivismo! ¡Pues si lo ha habido en toda la filosofía, aun en las más remotas” Lo considera como una sana reacción de la inteligencia libre del hombre contra las imposturas y soberbias dogmáticas. “Lo único que varía, y le da aire de novedad cada vez que aparece, es el mayor saber acumulado con el tiempo” (54-141). Al analizar las ideas del preclaro sociólogo y pensador chileno José Victoriano Lastarria, Martí se refiere a *La Política Positiva*, “que reduce la política a los preceptos de Comte” (*Lex*, II, 387), y que tiene prosélitos en Chile. En algún pasaje hará suya la doctrina trifásica de la evolución social y del espíritu del hombre, formulada por el pontífice del positivismo en su famosa ley de los tres estados, al afirmar: “en el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la naturaleza” (23-108). Entre los positivistas, refiriéndose al problema de agnosticismo y trascendencia, Martí mencionará “al semicomtista Frothingham, que no niega lo final de la iglesia, sino lo confirma y enriquece con variantes y reencarnaciones de ella”, lo que expone en su meduloso estudio sobre el materialismo Courtland Palmer. Octavius Frothingham había escrito *Trascendentalism in New England* (New York, 1880).

En el propio estudio sobre Courtland Palmer, finaliza Martí la exégesis del célebre filósofo con la siguiente declaración en que se resume el criterio de éste: “El hombre no debe creer sino lo que puede demostrar. El mundo es bello, la humanidad adelanta. Comte ha dicho la verdad. Le es lícito al hombre esperarlo todo; pero creer sólo en lo demostrable le es lícito. Yo no digo que no existe el cielo; pero no sé si existe.” Y este hombre comenta Martí a manera de *post-scriptum*—, que no creía en la inmortalidad, preparaba su cama mortal como una escena de teatro. Y da una explicación de ésa como paradoja viva: “Los que no creen en la inmortalidad creen en la historia” (17-76) — que, digamos, es de suyo otra forma de inmortalidad. O como dijo Montalvo: “La ambición de gloria, pecado que cometieron los entes celestiales, y afecto propio de los hombres que traen envuelta en su mente la idea, es prueba de la inmortalidad del alma”.

En el soberbio y amplio estudio intitulado *Darwin y el Talmud* (“Con-

versación sobre Centro América y las Hormigas”), intercala Martí un enjundioso juicio sobre aquella filosofía comtiana de la certeza, después de producirse en el problema gnoseológico del coocer, del conocimiento de las cosas ocultas, que está situado más allá del dominio de nuestra mente, y del cual el Talmud aconseja: “No procures alcanzar lo que está demasiado alto para ti, ni penetrar lo que está fuera de tu conocimiento”. En la revista *La América*, editada en Nueva York, número de mayo de 1844, Martí aclara de modo sagaz su actitud al respecto. Oigámoslo: “Pasa el positivismo como cosa nueva, sin ser más que la repetición de una época filosófica conocida en la historia de todos los pueblos; porque ésa que hemos transcrito del *Talmud* no es más que la timorata doctrina positivista, que con el sano deseo de alejar a los hombres de construcciones mentales ociosas, está haciendo el daño de detener a la humanidad en medio de su camino. Se debe poner tierra primero antes de adelantar un paso en ciencia; pero no se puede hacer calzada al cielo. El viaje humano consiste en llegar al país que llevamos descrito en nuestro interior, y que una voz constante nos promete” (53-82). Con ese juicio el filósofo-apóstol ha trascendido, sin más, el reducto positivista.

2. El cubano Poey, amigo de Comte

La actitud neta y precisa del Apóstol ante la escuela positivista está formulada, en suma, a plenitud al enjuiciar a un filósofo y hombre de ciencia cubano eminentísimo y poco conocido, cuyo libro *Le Positivisme* (Bibliothèque Positiviste, París, 1876), escrito en francés, y traducido por el doctor Regalado para la Biblioteca de Autores Cubanos de nuestra Universidad, bajo nuestra dirección, entró en prensa en 1959. Nos referimos al hijo del gran naturalista don Felipe Poey: a Andrés Poey. Este cubano, educado en Francia, tuvo el honor de haber colaborado personalmente en París con el pontífice de la escuela positiva, que tanto influyó en América, especialmente en México, Chile y Brasil, al extremo que el lema de la bandera del Brasil es el de Comte: “Orden y Progreso” Hace años visitamos en París, en la calle Príncipe (rue du Prince), la casa en que viviera el filósofo del *Catecismo Positivista*. Allí se conservan las aulas, la biblioteca, en la cual vimos un *Don Quijote* en español, la pucha marchita de flores, que le enviara, al morir, Clotilde de Vaux, cuyo amor une a través de unas cartas memorables, al porvenir de la humanidad, que proclama en deidad suprema de su Iglesia.

Martí mencionará con respeto a ese egregio cubano, situándolo al lado de Thomas Payne, de Büchner, de Voltaire, de Frothingham y del re-

belde inglés Herbert Newton; y luego de llamar al jefe del positivismo universal “el ordenador positivista”, afirma, tocante a esta escuela, que “el cubano Poey es quien guía, por el vigor de su análisis claro, la escuela que sólo pecó, en la pelea justa contra el falso ideal, por su negación inmoral de la existencia mejorable y permanente” (14-135). ¡Cuán enterado estaba —y cuánta atención ponía— el Apóstol no sólo de los pensadores universales, sino también de los de su patria; ¡como que sabía que el mérito cubano —exaltado en todo momento por él— era la base de nuestra futura emancipación, a la que él consagró su vida!

V. CIENCIA Y FILOSOFÍA EVOLUCIONISTA

1. *Planteamiento general: Darwin, Spencer*

Muchos juicios de superlativo elogio formuló Martí acerca del creador de la teoría de la evolución. Un extenso y ahondador estudio consagró a las trascendentales pesquisas que realizara Carlos Darwin en América, consignada en el relato de su viaje en la fragata *Beadle*, que califica de épico (23-211); y a pormenorizar cómo vio el universal naturalista en Buenos Aires los restos de animales gigantescos, cuyo estudio hizo avanzar la paleontología. Sobre las doctrinas del autor de *El Origen de las Especies* escribió un análisis tocante a las leyes de la herencia (*La América*, enero, 1884), y el notable estudio *Darwin ha muerto*. Martí —filósofo armonioso— pone, no obstante ello, un contén al extremismo darwiniano, de moda a la sazón, que al querer poner en la llanura “las novelorías de la metafísica de ahora”, tiene “el pecado artístico y filosófico de encinchar con Darwin y Heckels la vida libre, que se ha de estudiar con un juicio tan libre como ella. ¡No se sale de un papado para entrar en otro!” (20-209). Véase su oposición a todo dogmatismo, aun al científico, y al mecanicismo naturalista.

A Spencer —la otra columna del evolucionismo— le consagró subidos elogios. Sus doctrinas sobre la evolución como principio universal, sobre el progreso, sobre la educación (13-83), sobre la mejora moral del individuo encontraron resonancia en él; y aun con ser el Apóstol fervoroso paladín de lo autóctono frente a doctrinas extrañas, llegó a afirmar que “nuestra América, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, [marcha] ¹⁰ con Bolívar de un brazo y Herber Spencer de otro” (21-209). Esto es, se liberta y evoluciona.

¹⁰ Suplido.

En los *Fragmentos* filosóficos de Martí hay una frase admirativa que hace juego con el razonamiento transcrito sobre la novedad del positivismo. Esta: "¡La novedad de Spencer!" (54-144). Y a la par le consagra todo un estudio, que si bien se contrae a aspectos sociológicos en lo principal de él, nos permite reconstruir su estimativa tocante a filosofía central. Se refiere a diversos tratados del evolucionista inglés, los cuales alaba por su cerrada lógica, lenguaje nítido, trascendencia y peso. En esta coyuntura confiesa Martí cuál es su método al enfocar a un filósofo, y en este caso a Spencer. Consiste en seguirlo cerca en su raciocinio, en extractarlo, en suplir lo que meramente apunta, en argüirlo (53-57). Las ideas de Spencer "no vienen de pronto y en racimo, y ya en la familia y dispuestas a expresión, sino que las va construyendo lentamente, y con trabajoso celo leyéndolas en los acontecimientos" (53-57).

Se señala en ese juicio el secreto del naturalismo spenceriano. He ahí el método empírico, descriptivo, que Martí explica en su estudio como si estuviera en cátedra. Y aclara sobre Spencer que "habla en lecciones tanto que a veces peca de pontífice" (53-57). Y añade: "Como en una idea agrupa hechos, en una palabra agrupa ideas. Escarda cuidadosamente, entre los hechos diversos, los análogos; y los presenta luego bien liados y en hilera, como soldados mudos que van defendiendo lo que él dice. Anda sobre hechos. Puede descontar de su raciocinio, como si duda le acontece, un grupo de sucesos que debiera estar en él, y le hace falta para que no manque; pero no traerá nunca a su milicia formidable, revelaciones que no recibe, ni especulaciones teóricas que con razón desdeña" (53-58).

Martí penetra a fondo en la doctrina universal del filósofo inglés, como lo haría también Varona. Y hace respecto de ella enjuiciamientos críticos de este cariz: "De fijarse mucho en la parte, se le han viciado los ojos de manera que ya no abarca con facilidad natural el todo, que con tanto estudiar las armonías humanas, ha llegado como a perder interés, y se por consiguiente, en las más vastas y fundamentales de la Naturaleza. Y este aspecto le viene de su gran cordura y honradez; pues ve tanto qué hacer en lo humano, que el estudio de lo extrahumano le parece cosa de lujo, lejana e infecunda, a que podrá entregarse el hombre cuando ya tenga conseguida su ventura; en lo que yerra, porque si no se les alimenta en la ardiente fe espiritual que el amor, conocimiento y contemplación de la naturaleza originan, se vendrán los hombres a tierra, a pesar de todos los puntales con que los refuerce la razón, como estatuas de polvo" (53-58). Es fácil advertir en este texto

crítico que Martí —de acuerdo con su convicción trascendentalista— está impugnando la teoría de lo incognoscible de Spencer, que es de suyo agnóstica, escéptica, naturalista, sensista, materialista.

En Spencer se quedó Martí. Con Spencer —amplificado— comenzaría y brillaría Varona. Del brazo de Spencer iría la América, al menos unos pocos lustros más, pues como dice el Kempis: “todo pasa”

2. Varona y el evolucionismo

Pero en Cuba donde la filosofía evolucionista cobra mayor pujanza es en el legatario de la generación de la República, en el filósofo del escepticismo creador: en Varona. Martí conoció la producción de Varona en sus obras más importantes, y se refirió a ella con sincera loa. Lo alaba tanto por su prosa sobria cuanto por su profundo y claro pensar: “habla el cubano Varona una admirable lengua... de aquella robustez que nace de la lozanía y salud del pensamiento... de la continua nobleza que la idea le da a su lenguaje”; y seguidamente elogia al patriota, al decir que “es su realce mayor la santa angustia con que, compuesta en la mente la imagen cabal del mundo libre y armonioso, ve a su pueblo, cual Krazinski al suyo (12-61). En 1889 avizora que a Cuba le esperan grandes desdichas y humillaciones, y le dice: “¡Qué alegría verlo a usted entre estas penas, como una flor de mármol!” Pero sabe que aún hay hombres como Varona que le mantienen el corazón a la tierra cubana y le sanean el aire podrido (66-17).

Tanto Varona como Martí han bebido en la purísima fontana de la filosofía y poesía de Emerson, y ambos escribieron ejemplares estudios sobre el mentor bostoniano, tan de moda en ese tiempo entre la gente idealista. No quiere Martí actuar de erudito ante la obra filosófica y literaria de Varona, pero le señala una común admiración: en lo referente al evolucionismo, tal como lo expondría el ilustre camagüeyano en las *Conferencias Filosóficas* de 1880, que señalaron época en la historia de nuestra cultura. Martí subraya que el mentor de Concord aparece menos radioso acaso de “como por sus versos de esfinge recatada se revela”. He aquí presente la tradición oscura de la filosofía, que comparten Martí y Emerson. Varona pertenecerá a la clara. “Pero allí está —dice el alto crítico— con su filosofía de estrella... con el acuerdo imponente de su espíritu puro —testigo del universo— y la maravilla espiritual y armónica de la naturaleza, donde diez años antes que Darwin vio el gusano, en su brega por llegar a hombre, ‘ascendiendo por todas las espiras de la forma’” (12-71). La poesía de Emerson había *visto* antes: se había anticipado a la grandiosa teoría:

And striving to be man, the worm
Mounts through all the spires of form (64-49).

A la vez elogia Martí en don Enrique José cómo pone de relieve, con perspicacia singular, las desemejanzas entre el idealista Emerson y el materialismo comercial visible en su propia época (12-72).

En Varona verá Martí a uno de esos grandes cubanos que la Isla produce en abundancia notable, que en medio de la desventura, y con energía intelectual decidida, luchan “para acomodar su fuerza inútil a un pueblo tan imperfecto y heterogéneo como amado”, y para “sacar de los fórnices las conciencias” (12-71). De ahí que aquilate y peralte, haciéndole justicia, su formación filosófica y humanística, mostrada a través de esa serie de *Seis Conferencias*, que con constituir estudios diversos, “donde el filósofo hace hoy lo que con el diálogo hicieron antes Platón, Diderot y Shaftesbury”, tienen unidad, elevación e interés (12-71). De esos estudios, como de otros, para Martí la excelencia del estilo de Varona es aquella que proviene “del perpetuo fulgor del pensamiento” (12-73). Varona reciprocará los juicios elevados que Martí le tributa con un notable y enfebrecido panegírico, uno de los más hermosos que existen sobre el Apóstol, que —ya en la gloria transterrena— no pudo conocer.¹¹

El juicio más abarcador que pergeñará Martí sobre la mente profundizadora del autor de las *Conferencias Filosóficas* es el que sigue: “Y de ese conocimiento, desapasionado como todo saber real, y de la gloria que inunda la mente subida por el saber a aquella cúspide serena donde se ve lo uno de todo, viene a este cubano admirable la condición esencial para los trabajos de examen fecundo y juicios definitivos, que es la de conocer la razón de cuanto es, puesto que es, y la mera apariencia de lo contradictorio, y la unidad cierta, venturosa y lumínea de lo que, por vanidad de los sofistas o por requerimiento de estado, resulta opuesto o insensato en la Naturaleza” (12-74). Aquí ha fundido de un golpe Martí su filosofía y la de Varona.

Espera Martí, para escribir un juicio sobre Varona —según reza la carta de 17 de marzo de 1889, enviada desde Nueva York— recibir su libro *Conferencias sobre el Fundamento de la Moral*, que fue el tercero de los cursos públicos que concluyó en la Academia de Ciencias, y que editara la Casa Appleton. “Hemos de hablar del libro hasta llamar la atención de la Argentina” — le dice Martí a Varona, colaboran-

¹¹ Vide: mi libro *Varona, El filósofo del escepticismo creador*, pp. 262-265.

do con él en esa tarea didáctica. Ocho años antes, la propia casa neoyorquina le había publicado a Martí su magnífica traducción del *Compendio de Lógica* de Stanley Jevons, versión que el propio Martí sin razón alguna subestimara — a no ser por el antilogicismo de todo filósofo de la vida. ¿Qué más le dice el Apóstol a Varona, en su ayuda? Le dice esto: “En seguida me pondré a estudiar en conjunto las tres obras —esto es, las conferencias de Lógica, de Psicología y de Moral— para escribir un estudio enérgico que sea leído sin desagrado por aquellos países... México es ultracomtista;¹² pero da oídos a todo lo que vale. ¿No le parece que un artículo de esta especie valdría como introducción, allí donde no pueden llegar fácilmente los libros? Lo que necesito para esto es que usted me preste lo más sustancioso y autorizado de lo que se haya dicho sobre los tres volúmenes... La *Moral* no la he recibido hasta ahora. La *Lógica* y *Psicología*, ¿no sabe usted que dicen cuánto se puede decir en justicia, y que son inmejorables?” Infórmele Martí posteriormente que los dos ejemplares de la *Lógica* y de la *Psicología* “están [ya] muy leídos”¹³ (66-12) por él.

VI. LUGAR DE MARTÍ EN LA FILOSOFÍA CUBANA

Estudiada aunque someramente la galería de filósofos cubanos vienciados en la conciencia martiana, ¿cuál es el lugar del Apóstol en la historia de la filosofía universal y cubana? En varios capítulos de mi próximo libro *La Concepción del Mundo del Apóstol Martí* quedará ello bien fijado. Pero, para cerrar este trabajo, hemos de hacer algunas sintéticas consideraciones acerca del puesto del filósofo-apóstol en el cosmos filosófico patrio.

Primera. Para América quiso Martí —y contribuyó a forjarla— una filosofía, esto es, “una sofía” que fuese tan *sofía* para la América como la griega lo fue para Grecia, la francesa para los franceses y la alemana para Alemania. En juicio sobre el poeta Palma, dice: “Así, cubanos, hemos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles, franceses, alemanes. Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés” (12-26). Eso quiere que sea, como lo quiso también Luz Caballero: anheló una literatura, una filosofía y una sociología de Cuba y para Cuba, de América y para América: para nuestra salvación.

Segunda. Martí tiene fe en el mérito cubano; y se enorgullecerá de

¹² Recuérdese que es la era de Gabino Barreda, el pontífice del positivismo mexicano.

¹³ Suplido.

la universalización que cobró —para poner un solo ejemplo— la *Ictiología* de Felipe Poey en la Exposición de Amsterdam, que calificó de “obra de análisis y paciencia”, con el rigor de clasificación propio de un verdadero filósofo. Y son sus blasones Reinoso y Pichardo, Heredia y Casal, Villaverde y Brindis de Sala, White y Luz Caballero, y los cubanos ecuménicos.

Tercera. El haber aparecido el nombre de Martí en las enciclopedias universales como el héroe nacional cubano, y la difusión y admiración que ha tenido su personalidad como organizador y alma de una revolución con que quiso “alzar el mundo” y fijar el equilibrio de las Américas, al igual que su apostolado sublime, y lo opulento de su genio literario, todo ello ha opacado un tanto su robusta personalidad de filósofo. Por eso, bien podemos llamarlo —como hemos hecho— filósofo-apóstol.

Cuarta. Martí trató, de modo original y propio, todos los problemas de la filosofía, gnoseológicos y metafísticos, de la filosofía cósmica y de la moral; y construyó una vasta teoría general del espíritu y de la sociedad, a la que los hijos de América acuden en momentos de perplejidad —piedra de toque de su superlativo valor— haciendo de ella nuestro saber de salvación.